

Benedicid, pues, ¡oh Señora! la nueva era de regeneración que ha comenzado para México, y pronto cosecharémos opimos, abundantes frutos; haced que florezcan por todas partes las sencillas y santas costumbres de nuestros padres; que brillen aquí y allí, y por doquiera, las excelsas virtudes cristianas, á fin de que este pueblo mexicano, que es el vuestro por especial amor, recobre la virilidad y vigor incontrastables que tanto necesita; para que pueda así, teniendos siempre á Vos por caudillo, poner un día, muy alto ante el mundo, el nombre de la Patria, y franquear despues, abiertas por vuestra propia mano, las puertas de otra Patria mejor, la de nuestro Padre que está en los cielos. FIAT, FIAT.

UNA FIESTA ESPLÉNDIDA

DE LA

Mitra de Guadaluajara.

Espléndida, así es la palabra; espléndida como la cascada de luz que vierte el sol sobre el mundo; como la rica fragancia de las flores más bellas mecidas en incontable número en el esmaltado florestal.

Espléndida y también conmovedora; conmovedora como son los homenajes de un pueblo cristiano cuya inmensa y sentida plegaria no tiene traduceoin en el pobre lenguaje de los hombres, insuficiente para interpretar las ardientes y tiernas emociones del alma.

Espléndida y conmovedora, magnífica y brillante. En estas breves palabras se resume todo, en sencillas expresiones se condensa el lujo de primorosos detalles que formaron la festividad religiosa dedicada á María Santísima de Guadalupe por la Arquidiócesis de Guadaluajara, el domingo 17 de Abril de 1887.

Acabamos de dejar el augusto Santuario de la Virgen mexicana; acabamos de sentir esa felicidad indescriptible é infinita que comunican al espíritu las grandiosas ceremonias de nuestra divina Religion, y todavía nos hallamos embargados del grato placer y del dulce arrobamien-

to que produjeron en nuestro corazón las bellísimas armonías de los cánticos sagrados y de los himnos religioso-patrióticos que entonaron millares de personas, bajo las magestuosas naves del regio templo consagrado á nuestra tanto amada Patrona Nacional María Santísima de Guadalupe.

Bajo tan grata influencia tomamos la pluma para dar á los lectores la crónica de la fastuosa solemnidad, á que venimos refiriéndonos, solemnidad, en nuestro concepto, sin precedente ninguno en la ya larga serie de homenajes religiosos tributados á la Reina de los Angeles por los Episcopados de la República.

Conforme al programa que redactó la comisión para organizar la fiesta, programa publicado oportunamente en *La Voz*, aquella principió desde la víspera con una soberbia iluminación á *giorno*, en la elegante fachada de la Colegiata y en el enverjado que circunda al atrio, y con magnífica serenata que tocó una selecta música compuesta en gran parte, de entendidos profesores.

Hermosa se destacaba entre las sombras de la noche la silueta del templo, iluminado con los simbólicos colores nacionales, y ostentando en el esbelto campanario elegantes cortinajes verdes, blancos, y rojos, como nuestro amado pabellón tricolor, y que daban á la fiesta el carácter religioso y patriótico que tienen todas las de su género.

Una muchedumbre de indígenas y de personas de las clases sociales, ocupaban los alrededores del Santuario, tomando parte, desde la víspera, en el precedente de un regocijo que todos ansiaban sentir, cuando luciera el nuevo día, fecha llena de brillo y de eterna remembranza en los anales guadalupanos.

A hora oportuna nos dirigimos al Santuario del Tepeyac, ocupando un sitio de los coches delanteros de la corrida de ocho y media, compuesta de veinte elegantes wagones, cuyo número fué aumentado en cada viaje, para

poder trasportar á los centenares de personas que ocupaban la Plaza de Armas de México, en espera de los trenes de Guadalupe que las habían de conducir al Santuario de la Virgen Mexicana.

Al trasportar los umbrales de la Colegiata y una vez que hubimos penetrado en su espacioso recinto, el espectáculo que se ofreció á nuestra vista fué verdaderamente deslumbrador y grandioso.

Un torrente de luz vertido por centenares de bujías de cera que ardían con vívida llama en las arañas del templo, quebraba sus ardientes resplandores en la pulida superficie de los soberbios mármoles de la Basílica, en los macizos barandales de plata de la crujía y en los múltiples marcos y bajo-relieves de oro que hacen de la Colegiata una verdadera joya, valiosa y artística, que sirve de terrenal morada á la amantísima Madre de los mexicanos. El conjunto de las luces era hermoso y deslumbrante.

En la nave izquierda, llenándola toda, ataviadas con el recato y buen gusto con que se presentan en los templos las señoras, estaban las damas de la colonia jalisciense de México, y muchas de Guadalajara que vinieron expresamente á la función de aquella Mitra, ansiosas de prosternarse ante el maravilloso lienzo de la Guadalupeana. Confundidas con ellas en iguales sentimientos é invitadas por la comisión organizadora de la festividad, se veían á muchas señoras mexicanas de nuestra mejor sociedad, y de pié ó en elegantes bancas, á gran número de caballeros de esta capital y de la importante y bella de Jalisco. El resto del templo estaba ocupado por millares de fieles, que no dejaban vacío ni aún el espacio más pequeño.

El cuadro era imponente, su conjunto magnífico, y eso que no hemos hablado todavía del agradable cuanto precioso efecto causado por la prodigiosa cantidad de ramos,

guirnaldas y coronas, ofrecidas por las damas á la que es Reina de las flores, ornato divino de los celestiales pensiles y sonrisa incomparable y dulcísima en cuya expresion nace y se retrata la belleza y la gala de la primavera, causando la complacencia del Rey de reyes.

Exquisita fragancia se desprendía de aquellas variadas y múltiples flores, que pocas veces hemos visto reunidas en tan grande cantidad, saturando por completo la atmósfera del recinto sagrado.

Primorosas guirnaldas adornaban la crugia en bien combinada disposicion, guirnaldas tejidas con pintadas rosas, con aterciopelados pensamientos, con fragantes y púdicas violetas, con rojos geranios, y unidas como con un broche de irreprochable blancura, con gruesos ramos de gallardas azucenas que llenaban de encanto la vista.

Los balaustres de la barandilla que circunda el espacioso presbiterio, aparecían literalmente cubiertos de primorosos ramos, de guirnaldas y de coronas, símbolo del homenaje presentado á María por las damas católicas, y formando exquisita y no interrumpida cadena con las que, lozanas, se ostentaban en la balaustrada que conduce al coro.

Comenzaba la tercia cuando llegamos á Guadalupe. Revestido con su traje de Príncipe de la Iglesia mexicana, ocupando bajo el rojo y dorado docel el sitio correspondiente á su elevado rango, distinguíase á nuestro virtuoso Prelado, honrando con su presencia la fiesta de la Mitra de Guadalajara. En otro sitio, el Ilmo. Sr. Don Fray Ramon Moreno, Obispo de Augustópolis é hijo de Jalisco, tomaba parte en tan brillante solemnidad, acompañado de los respetables señores capitulares de la Catedral de Guadalajara, D. Florencio Parga, orador renombrado, D. Guadalupe García, D. Rosalío Ayala y D. Telésforo Medrano, siendo el segundo quien cantó la misa

diacizando los dos últimos señores canónigos acabados de mencionar.

Suntuosa y magnífica orquesta, compuesta de reputados profesores, entre los cuales recordamos á los violinistas Rivas y Sánchez, al hábil clarinetista D. Adrian Galarza y al director de la banda de Zapadores D. Miguel Rios Toledano, que ocupaba con ella el coro alto del templo, interpretó con notoria habilidad la gran misa de Rossi, que fué elegida para la fiesta, llenando de grata alegría el corazon de los fieles con sus inmortales y delicadas notas, pero especialmente de la bellísima *Gloria* y del incomparable *Agnus*, cuyas armonías resonaron bajo las bóvedas del augusto recinto, inundado de celestes vibraciones las espaciosas naves.

¿Y qué dirémos de la magnífica *Salve*? ¿Qué del sublime *Non fecit* de Beristain? La pluma es impotente para describirlo, como no se puede describir todo lo que arrebató al alma á regiones elevadas y llenas de luz, todo lo que despertó el sentimiento, todo lo que produce el éxtasis.

Allí las notas son palabras, pero palabras de un lenguaje divino que se armonizan, vibran y se confunden en el espacio en una sola cadencia, para formar una plegaria gigante que brota del gigante corazon de un pueblo creyente, posesionado de la creación del génio, sintiendo lo que este sintió y humillando la frente ante el altar de la Reina del cielo al enviarle tan bella plegaria.

¡*Non fecit!* Esta obra inmortal es un himno de agradecimiento al Señor por la sin igual merced que hizo á México, permitiendo á María bajar hácia nosotros; es el cántico de un pecho regocijado, que proclama la legítima satisfacción ante el orbe todo, de conservar como única y preciada joya, la Imágen bellísima de la Virgen india pintada en tosco lienzo por sus propias divinas manos;

es un acto de adoracion en que la música reemplaza al pobre y mezquino lenguaje humano.

Pero no nos dejemos llevar de las particulares impresiones anticipando la narracion.

Concluido el Evangelio, y despues de recibir la bendicion del Ilmo. Sr. Arzobispo, quien concedió ochenta dias de indulgencia á los fieles que oyesen devotamente el Sermón. ocupó la Cátedra del Espíritu Santo el Sr. Canónigo D. Florencio Parga, dignísimo miembro del Cabildo de Guadalajara y de la respetable colectividad que vino en representacion del Ilmo. Sr. Arzobispo de aquella Arquidiócesis.

Nada dirémos con respecto á su discurso, porque queremos que los lectores lo saboreen por sí mismos.

Ya que dijimos algo acerca de la ejecucion brillante de la Misa, hablarémos del Himno religioso-patriótico, compuesto expresamente para esta festividad por el inteligente maestro jalisciense D. Tiburcio Saucedo, en colaboracion con el inspirado poeta nativo de la Andalucía mexicana, Sr. Lic. López Portillo y Rojas, que escribió la letra.

Esta la conocen ya nuestros lectores y pálido sería, nuestro encomio ante la ilustrada opinion del público: en cuanto á la música, tiene los acentos marciales de los himnos guerreros, la suavidad, á la vez, de los de carácter religioso, y toda ella hace latir de entusiasmo al corazón, enardece el ánimo y hace correr el fuego del patriotismo por las venas, poniendo en los lábios un grito que lo dice todo: ¡Dios y Patria!

Felicitemos á los autores de la producción que nos ocupa, no menos que al Sr. Rios Toledano á cuya habilidad, unida á la de la banda que dirige, debe mucho la buena interpretacion que tuvo el Himno del Sr. Saucedo.

Espléndida, decíamos al principio, espléndida y conmovedora fué la fiesta del domingo. Y efectivamente,

ella despertó en los fieles un fervor ejemplar y las delicias que experimenta un corazón lleno de fé, cuando se remonta en espíritu á las inefables regiones del cielo.

No queremos cerrar esta pálida é imperfecta reseña, sin hacer mención de un episodio que nos conmovió hasta lo profundo.

Un sacerdote que no pudimos conocer, arrodillado en el Presbiterio, peséido de santa unción, permaneció con los brazos abiertos en cruz, ante la Santa Imágen de María desde que principió la Misa hasta que hubo concluido.

¿Quién si no su pura fé, quién si no la gracia le pudo dar fuerzas para permanecer así tan largo espacio de tiempo?

¡Las oraciones elevadas en esas horas por el respetable ministro de Dios, han de haber llegado á los cielos como perfume gratísimo desprendido de preciado pebetero de amor!

Hemos concluido nuestra tarea. ¿Qué nos resta decir para darle punto? Felicitar á la Mitra de Guadalajara por su magnífica funcion del día 17; regocijarnos con nuestros hermanos los hijos de Jalisco por la fervorosa prueba de amor acendrado hácia la Misericordiosa Patrona nacional, que le rindieron el domingo, y dar nuestros plácemes á la comision organizadora.

(*La Voz de México* en su número correspondiente al 19 de Abril de 1887.)

